

NUMERAL ROCE ADIVINATORIO Y MIRADA REMOTA

Insólita *ars poética*, a contrapelo en este tiempo de tanta precariedad, penuria y vacuidad de las acostumbradas «poéticas» de la nihilidad. Una prosa poética esta, por el contrario, en lograda forma de confesión, guía y método del poetizar. Una *catharsis*, como un rito de paso del desnacerse hacia la resurrección, la reencarnación y el pleno nacimiento de sí mismo en el luminoso cuerpo de la palabra creadora. Un roce matemático adivinatorio del misterio de los universos paralelos que conforman la vida. Leyes psicofísicas en escalas logarítmicas, como la de Fechner-Weber, van acogiendo los estímulos y sensaciones que puede producir la magnitud de un poema hasta cifrar los más sutiles rumores del alma dialogante consigo misma, con la naturaleza y con los que aquí se denominan «sensibles» al misterio de la vida. Lo cotidiano parece así atravesado de presencias daimónicas reveladoras: las de los indolentes, con sus 9 estirpes iniciales y 500 variaciones que han sido el cauce numérico de la gracia, la armonía y la belleza de la vida en este y otros Universos diferentes. Un ensayo, pues, de atrevida y luminosa Poética, que aparece como el eje movilizador de la poesía de la existencia y del pensamiento poético de Javier Sánchez Menéndez desde los años ochenta del pasado siglo, mostrándose así como el impulso, la guía y ahora el colofón de toda su obra lírica y ensayística.

Dinámicas estampas numeradas en cada una de sus tres partes conforman el relato confesional, la autobiografía espiritual, de un encuentro sin fin con sus propias realidades daimónicas; decisivo encuentro que atrajo su imaginación hacia el logos más originario de la naturaleza y de la palabra humana. Realidad pura de un sueño lúcido; si se quiere, una revelación poé-

tica, mantenida en toda su verdad en la más cotidiana vigilia. El más pitagorizante Platón –y su «hermetismo de la última piedad», que nosotros bien podemos descifrar en el afán de este por «salvar las apariencias»– fue siendo la brújula de una creación, una *poiesis*, desde el fondo de una íntegra soledad en el silencio, frente a las bulliciosas máscaras y repliegues de los que el libro reitera como «falsos» y «siniestros» poetas de la nada que asolan la contemporaneidad. El logos adentrándose en las sombras de la existencia, salvando todas las apariencias y las desatendidas apariciones del mundo de la luz, y construyendo una objetividad, el algo universal en el que el hombre pueda realmente vivir acorde con el mundo y consigo mismo. Lo excelso tan difícil como raro, que en el final mismo de su *Ética* Spinoza cita de Platón, encontrado en la cotidiana vivencia de una elegante serenidad y una armónica alegría, aun en la compañía del dolor del propio cuerpo, que se avienen con la vida y con la muerte, en cierta perspectiva de eternidad. Una certidumbre hecha de razón y de amor, es decir, de *amor intellectualis* que descubre, dicho por mi parte con G. Steiner, las presencias reales que vivifican el mundo.

Razones de un amor muy ancho que van escribiendo, al dictado de su «ángel negro» –la cifra de la oscuridad irradiante de luz– un *Tratado de la humildad poética* que se adentra, llevando una gota de felicidad, por entre las sombras. Y una gota y un grano de luz van apaciguando e iluminando el caos en el que germina la palabra. La poesía entrando, como Orfeo, en los infiernos, en el laberinto. Y el mundo intermedio de la imaginación creadora –aquel *barzâj* de los sufíes platonizantes, al que en este libro no se nombra como tal, pero sí se sigue, sabiéndolo o no, su esencial paradigma en sus imágenes intermedias– rescatando con ellas las esperanzas dispersas, uniéndolas y recogiendo en un sistema de la libre aceptación de la gracia y las oportunidades de la vida, acogido en un cierto quietismo que trae consigo la indolencia, la gran mediadora, el singular espacio intermedio, el *mundus imaginalis* que

crea aquí Sánchez Menéndez, que, sin duda, y conforme a las pistas que él mismo ofrece, nos retrotrae a ciertas teosofías del Renacimiento y del primer Barroco, como aquella de los Rosacruces y en especial la de R. Fludd, e incluso nos hace pensar en la secta taoísta china, que tan bien describiera P. Bailey a propósito de Spinoza, de «Los pájaros y los holgazanes», tan cercanos en su quietismo que vuela tan alto a la búsqueda de la beatitud de estos indolentes.

Teosofía del más acendrado humanismo, metafísica platónica y pitagóricas matemáticas raíces, junto a nucleares apuntes al estoicismo de Epicteto o Marco Aurelio, se aúnan del modo más sencillo en un conocimiento poético intermediario de las razones de un humilde y ancho amor a la realidad más esencial y diversificada, sumergiéndose en el que se denomina aquí como «el confuso laberinto» de la existencia y sus sombras. Hacia su más invulnerable centro y eje movilizador. Por vivir la palabra coloquialmente. Siguiendo a la tan admirada y citada María Zambrano por el autor de este libro, podríamos afirmar que, siendo viva voz de la nostalgia y de la esperanza, de la más íntima queja, y como toda confesión lograda, esta lo es también *hablada*, y a media voz, sin estridencias, en una conversación silenciosa del alma consigo misma, tal como proponía la *dianoia* platónica; llevando así las razones del mito al tiempo real e íntimo de la vida, lejos de la mera mimesis de la más superficial experiencia, la que solo tiene en cuenta los más banales mecanismos «psíquicos», pero sin alma. Parte el libro de la confusión de los diversos tiempos que habitamos y de la propia inmediatez temporal (ese «confuso laberinto»), en busca de otro tiempo más puro, no el virtual de los «falsos» y «siniestros», o del arte por el arte. Es la unidad de la vida lo que busca, la que ya no se ofrece como mera «expresión», más allá del hechizo del tiempo inventado, por deshacer la condena y la maldición de la nada, de la desesperación o de la esperanza apresurada, que también lo someten a prueba; más allá de la prisa, de la voluntad de éxito, de la avidez y de todo narcisis-

mo, de todo espejo mimético en que los «falsos» y los «siniestros» se miran. Hacia un tiempo puro y extático, hacia un acto de autorrevelación por horror de su ser incompleto.

Y así, va viviendo su palabra coloquial y dialógicamente hacia su más íntimo misterio, hacia su mágico, dice él aquí y en toda su poesía, «desconcierto», donde se va abriendo un tiempo y una palabra más puros, un logos que es coincidencia de opuestos, juego de alquímicas transformaciones, sintonía de mundos hasta la simplicidad de una mirada remota que contempla la unidad acabada de su ser, su integridad, su «sí mismo», que diríamos que le ofrece el anhelo de su completa figura, sorteando sus contradicciones y paradojas, en la verdad de una vida más allá de esta vida. Mirada remota que sobrevuela y flota por entre la génesis del mundo, del nacimiento de aquellos daimones primigenios, los indolentes, que originaron nuestras estirpes humanas y que conducen nuestra aceptación del «contrato» con la vida, la plena habilitación de su argumento y las necesarias trasmutaciones para plegarnos a la gracia del vivir y seguir el camino de sus persecuciones necesarias en otras vidas. Es el milagro vital que flota libre sobre su raíz, en armonía con el propio escepticismo y las mismas derrotas que propicia, hacia la «canción de la mansedumbre», del plegarse –tan Tao– a las oportunidades. Canción de la misericordia ante la palabra dada que requiere del silencio, de la soledad, de la aceptación del desamparo.

Y una constelación de números impulsa esta Poética, que también es la incitación a una ética de la responsabilidad de pensamiento y palabra según un orden primigenio. Y así va explicando lo que muestra y mostrando lo que explica. La vida matemáticamente acordada de la armonía perdida, por olvidada y desatendida, de toda la naturaleza, salvando así, atendiendo a sus más leves minucias en el camino del poeta que aúna revelación, ética y estética, nostalgia y esperanza. Hacia el secreto de la palabra, desde la más entrañada lejanía de su mirada remota. En pos de un sí mismo en viviente comunidad con

cada ser de la naturaleza y con el prójimo. El *Thimós*, el ánimo, heraclitiano y platónico reconducido, aunque no los mencione así de expresamente, al taoísta y sufi «espejo del corazón» que mide la necesaria aniquilación del yo que ha de llevarse a cabo para dejar sitio al huésped esperado, a la entera realidad, al propio mundo daimónico, el que solo aparece, según aquí se dice claramente, cuando se acogen los pájaros y las estrellas fugaces que envían los sueños, cuando se quitan las propias máscaras y aparece el verdadero rostro. Dejar de ser para ser, y como va enunciando el tercer apartado de este libro —«El vuelo»— abandonarse al vuelo de dejar de ser, hacia la suave y quieta luz infinita, el sosiego de la proporción exacta.

Y así, las 161 estampas de este libro, proporcionadamente distribuidas en cada una de sus tres partes (60, la primera; 53, la segunda; 48, la tercera), componen los fragmentos de un orden remoto que le tiende a la poesía una órbita de realísima luz, incitándola a asumir las energías de las indolencias que unifican la proporción del ser desde las esencias primitivas surgidas desde el caos. La mansedumbre, la dulzura, la humildad, la simplicidad de la mirada, son las formas de dejar de ser en la poesía, conduciendo a la palabra auténtica a las platónicas verdad, virtud y justicia hacia otros eones, otras eternidades, otras vidas, en los sucesivos viajes a otros cuerpos, diríamos que hacia aquellos plotinianos (y tan reiterados por Lessing) «cambios de escena» a que conduce cada muerte. Desde Heráclito y el poema de Parménides, o Anaxágoras y Platón, esa órbita de luz recorre muy oscuros lugares del saber, donde precisamente habita la luz más naciente, enhebrando una estirpe de un acendrado pensamiento poético cuyos hitos esenciales son, a más de los mencionados estoicos, Dante, Ficino, Garcilaso, Spinoza, Goethe, Hölderlin, Novalis, Leopardi, Baudelaire, Apollinaire, Rilke, Proust o Kafka, recalando en especial en los más cercanos Juan Ramón, Luis Rosales, Juan Rulfo, Nicanor Parra o María Zambrano. Estirpe de la os-

cura soledad buscando el ilimitado horizonte de luz de lo divino, desde el que ver, escuchar, oler, observar y entender cada minucia de la naturaleza, cada avatar de la existencia, respirando desde el centro del confuso laberinto, en un ejercicio de contemplación, siguiendo los pasos de la luz, hasta comprender que precisamos de la eternidad para acoger a la «gran dama blanca» de la palabra que acerque a *dios* (no el aporético y antropomórfico Dios de los miméticos desventurados) a lo preciso, diríamos que al diapasón (el recorrido por todo el ser) de la más completa existencia.

Lógica poética de la cotidianidad fundida a su misterio, armónica geometría abrazada a la luz. Y aquí la palabra respira desde sus más recónditos centros, para cada uno de los cuales tiene dispuesta su manifestación numérica. Y así las diversas series numerales que el lector habrá de descifrar o recifrar en su armonía de acordes, desde su geografía originaria. Orden poético de una razón ancha y total desde la materia-madera que soporta la esencia hasta la palabra de honor, la palabra dada y recibida. Y aparecen así los cuerpos como símbolos en el laberinto, números-palabras, cuerpos de la palabra, que, frente a la que se califica aquí como poesía de la nada, se sutilizan, se desprenden de sí hasta el incendio del alma dialogante y en perpetua recreación, permanente reencarnación en la *poiesis*.

Y es así como ve que la poesía canta la canción que nos arrastra hacia la beatitud, la mansedumbre, la indolencia, el sí a esta vida y a cuantas sean menester para ir iluminando el caos desde un indudable centro de luz, el eje invulnerable habrá de ser de la materia oscura y luminosa: la materia encendida por los números esenciales que portan en sí los indolentes. La llama que enciende el alma universal regida por la *poiesis* originaria. Y así también las sombras, las huellas en la naturaleza numerada, de unas estirpes poéticas de la esencia de la palabra, que, en el verso veraz, es simplicidad de la mirada, sintonía, vida de la palabra liberada del mero lenguaje, «más allá del diccionario». La palabra como bienaventuranza. Entre

el 0 y el 1, adaptando los números naturales del 1 al 9, ha de volar el poema –y todo el libro lo es: un *ars poética* que ella misma es un gran poema en prosa, en coloquial y sencilla lírica– un circuito de infinitudes y de eones. El regreso de la poesía desde el laberinto, desde las sombras, rescatando el propio cuerpo en la sombra o en la hierba, y desde allí emprendiendo el vuelo al sosiego infinito de lo alto del cielo.

Tal vez llegados aquí convenga citar el, quizá, más bello texto de Zambrano, el «Método» de *Claros del bosque*, que sintetiza muy bien el vaivén que recorre todo este *Libro de los indolentes* por salvar todas las apariencias y apariciones de la realidad en cada existencia, entre el adentramiento en el «confuso laberinto» y el vuelo hacia la luz y el sosiego. Dice así la pensadora:

«Hay que dormirse arriba en la luz.

Hay que estar despierto abajo en la oscuridad intraterrestre, intracorporal de los diversos cuerpos que el hombre terrestre habita: el de la tierra, el del universo, el suyo propio.

Allá en ‘los profundos’, en los ínferos el corazón vela, se desvela, se reenciende en sí mismo.

Arriba, en la luz, el corazón se abandona, se entrega. Se recoge. Se aduerme al fin ya sin pena. En la luz que se acoge donde no se padece violencia alguna, pues que se ha llegado allí, a esa luz, sin forzar ninguna puerta y aun sin abrirla, sin haber atravesado dinteles de luz y de sombra, sin esfuerzo y sin protección.»

En el desamparo, en la indolencia, llega este libro a la quietud y la paz, a una manifestación universal de las imágenes intermediadoras entre lo que somos casi siempre como fallidas indolencias y el extático encuentro, tan excelso como raro, en la noche de la luz con el huésped y el guía que nos habitaba, tras todas las máscaras. El encuentro sin fin con el alma apaciguada que, entonces, muy bien puede oír la plena canción de la misericordia, que, sin más, podemos recitar con la sura coráni-

ca de la aurora: «Oh alma apaciguada, regresa a tu Señor, aceptante y aceptada».